

CUENTOS DE NAVIDAD



Austral Singular

CHARLES DICKENS

CUENTOS DE NAVIDAD

Traducciones

C. Axenfeld

Manuel Ortega y Gasset



PRIMERA PARTE

LA HISTORIA DE LOS DUENDES QUE SE LLEVARON A UN SACRISTÁN

En una antigua ciudad abacial de esta parte del país, hace mucho, mucho tiempo —tanto que la historia debe de ser cierta, porque nuestros tatarabuelos la creyeron a pie juntillas— ejercía de sacristán y sepulturero en el cementerio de la iglesia un tal Gabriel Grub. De ningún modo se sigue que un hombre, por ser sepulturero y encontrarse siempre rodeado por los emblemas de la muerte, tenga que ser un hombre lúgubre y melancólico; los que se encargan de conducirte a la última morada son las gentes más alegres del mundo, y en cierta ocasión tuve el honor de tratar intimidad con un mudo que, en su vida privada, fuera de su profesión, era el tipo más festivo y divertido, y siempre andaba cantando canciones: chapurreaba una canción de taberna sin un desliz de su memoria y apuraba un buen vaso de ponche sin pararse para respirar. Mas, a pesar de estos precedentes en contrario, Gabriel Grub era un hombre perverso, adusto, quisquilloso —un hombre lúgubre y solitario que no se llevaba bien con nadie salvo consigo mismo y con una petaca que guardaba en el amplio bolsillo de su chaleco—, que miraba las caras alegres de los demás, cuando se cruzaban con él, con un gesto tan avieso de malicia y enojo que era difícil toparse con él sin presentir algún mal agüero.

Poco antes de anoecer, una víspera de Navidad, Gabriel se echó al hombro su pala, encendió su farol y se encaminó hacia el viejo cementerio, porque tenía que acabar de abrir una fosa para la mañana siguiente, y, sintiéndose muy abatido, pensó que tal

vez se animaría si se ponía a trabajar cuanto antes. Mientras iba caminando, al pasar por una antigua calle, vio brillar las alegres candelas a través de las viejas contraventanas, y oyó las risas bulliciosas y el divertido griterío de los que estaban reunidos en sus casas; advirtió los atareados preparativos para la fiesta del siguiente día y husmeó los abundantes olores derivados de dichas circunstancias, que se escapaban en vaporosas nubes por las ventanas de las cocinas. Todo esto era hiel y acíbar para el corazón de Gabriel Grub, y cuando los grupos de niños salían de sus casas, correteaban por la calle y se encontraban, antes de llamar a otra puerta, con otra media docena de rapazuelos de rizadas cabelleras con los que se reunían, subiendo en tropel las escaleras para pasar la tarde en sus juegos de Nochebuena, Gabriel Grub sonreía lúgubrementemente y oprimía con firme crispación el mástil de su pala, al tiempo que pensaba en el sarampión, la escarlatina, la difteria y la tosferina, así como en muchas otras fuentes de placer.

En este feliz estado de ánimo Gabriel Grub siguió su camino, contestando con bruscos gruñidos a los risueños saludos de los vecinos con los que se cruzaba, hasta que se adentró en la oscura callejuela que conducía al cementerio. Gabriel había estado deseando llegar al oscuro callejón, porque era, en términos generales, un lugar agradable, sombrío y lóbrego por el que los vecinos no tenían mucho interés en pasar, como no fuera en pleno día y cuando brillaba el sol. En consecuencia, no le resultó poco desagradable oír a un pequeño golfillo cantar a voz en grito una alegre canción sobre la feliz Navidad en aquel santuario personal, conocido como Coffin Lane¹ desde los tiempos de la antigua abadía y de los monjes tonsurados. A medida que Gabriel avanzaba y la voz se distinguía mejor, advirtió que procedía de un chiquillo que se apresuraba a incorporarse a uno de los grupos que discurrían por la calle principal, y que, en parte para ahuyentar el miedo a la soledad y en parte para ir ensayando las canciones, había empezado a cantar con toda la energía de sus pulmones. Gabriel esperó a que se acercara el

¹ El callejón del ataúd.

muchacho y, apostándose en una rinconada, le golpeó la cabeza cinco o seis veces con el farol, solo para enseñarle a modular la voz. Cuando el muchacho escapaba con las manos en la cabeza, entonando otra canción muy diferente, Gabriel Grub se regodeó muy satisfecho y entró en el cementerio, cerrando la puerta tras de sí.

Se quitó el abrigo, dejó en el suelo el farol y, metiéndose en la inacabada fosa, trabajó en ella alrededor de una hora bien a gusto. Pero la tierra estaba endurecida por la helada y no resultaba fácil quebrarla y arrojarla con la pala; y, aunque había luna, como era muy nueva, derramaba poca luz sobre la fosa, que se perdía en la sombra proyectada por la iglesia. En cualquier otro momento estos obstáculos habrían conseguido poner a Gabriel Grub triste y de mal humor, pero estaba tan contento de haberle callado la boca al niño que iba cantando, que no le preocupó mucho si avanzaba o no en su trabajo, y cuando hubo concluido su tarea por aquella noche, miró desde arriba la fosa, con sombría satisfacción, murmurando mientras recogía sus cosas...

«Buena posada para uno, para uno buena posada,
unos pies de tierra helada, cuando la vida está acabada;
una losa en la cabeza y a los pies una losa,
para los gusanos una comida suculenta y jugosa;
húmedo barro en torno y de hierba encima un manto,
buena posada para uno, ahí, en el camposanto».

—¡Ja, ja, ja...! —exclamó Gabriel Grub entre carcajadas, sentándose sobre la losa de una tumba que era su lugar de descanso favorito, mientras sacaba su petaca—. Un ataúd para Navidad. ¡Una caja de Navidad! ¡Ja, ja, ja...!

«¡Ja, ja, ja...!», repitió una voz a sus espaldas.

Gabriel se quedó quieto, un tanto temeroso, en el mismo momento en que se llevaba la petaca a los labios, y miró a su alrededor. El interior de la tumba más vieja no estaba más quieta y callada que el cementerio bajo la pálida luz de la luna. La escarcha helada brillaba sobre las tumbas y chispeaba como sartas de dia-

mantes entre las lápidas talladas de la vieja iglesia. La nieve, endurecida y crujiente, cubría el suelo y extendía sobre los montones de tierra tan pulido y blanco cendal, que parecía como si hubiera cadáveres yaciendo allí, cubiertos solamente por sus mortajas. Ni el más leve rumor rompía la calma profunda del tétrico escenario. Tan frío y callado estaba todo que hasta el sonido parecía haberse congelado.

—Ha sido el eco... —dijo Gabriel Grub, acercando de nuevo la petaca a sus labios.

«No», dijo una voz profunda.

Gabriel se sobresaltó, y se quedó clavado en su sitio por la sorpresa y el terror... pues sus ojos se posaron en una figura que consiguió que se le helara la sangre.

Sentada sobre una estela funeraria, a su lado, había una figura extraña y sobrenatural, y Gabriel inmediatamente se dio cuenta de que no era de este mundo. Sus largas y estrafalarias piernas, que podían llegar hasta el suelo, estaban encogidas y cruzadas en elegante y caprichosa postura; llevaba sus nervudos brazos desnudos y sus manos descansaban sobre las rodillas. Envolvía su cuerpo escaso y esférico un ceñido ropaje, adornado con un acuchillado ligero; una esclavina corta le caía por la espalda; el cuello de la indumentaria, recortado en curiosos picos, le servía al duende de bufanda o corbata, y las puntas de los zapatos se alargaban y se revolvían al final hacia arriba. Llevaba en la cabeza un enorme gorro de cucurucho, adornado con una sola pluma. El sombrero estaba cubierto de escarcha, y parecía como si el duende llevara doscientos o trescientos años cómodamente sentado en la misma tumba. Estaba sentado allí, completamente inmóvil; tenía la lengua fuera, como si se estuviera burlando, y contemplaba a Gabriel Grub con un gesto que solo puede adoptar un duende.

—No fue el eco —dijo el duende.

Gabriel Grub estaba paralizado y no pudo contestar.

—¿Qué haces aquí, en víspera de Navidad? —dijo el duende con severidad.

—Vine a abrir una fosa, señor —contestó Gabriel Grub entre balbuceos.

—¿Qué hombre puede vagar entre las tumbas de un cementerio en una noche como esta? —exclamó el duende.

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —gritó furiosamente un coro de voces que parecía levantarse de todas las tumbas del cementerio.

Gabriel miró a su alrededor con espanto, pero no vio nada.

—¿Qué llevas en esa petaca? —preguntó el duende.

—Ginebra, señor —respondió el sepulturero, temblando más que nunca, porque la había comprado a unos contrabandistas y pensó que tal vez su interrogador perteneciera al departamento de aduanas de los duendes.

—¿Quién bebe ginebra a solas, y en un cementerio, en una noche como esta? —dijo el duende.

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —contestaron de nuevo aquellas voces.

El duende sonrió maliciosamente al aterrado sepulturero y, levantando la voz, exclamó:

—¿Y quién será entonces nuestra hermosa y obligada presa?

A esta pregunta, el eco misterioso respondió en un tono que resonó como las voces de un enorme coro cantando junto al poderoso bufido del viejo órgano de la iglesia. Era un canto que pareció envolver los oídos del enterrador con un viento furioso y que al pasar se apagara. Pero el estribillo de la réplica era siempre el mismo: «¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!».

El duende hizo una mueca más pronunciada que las anteriores y dijo:

—Bueno, Gabriel, ¿qué dices a eso?

El enterrador abrió la boca para respirar.

—¿Qué piensas de esto, Gabriel? —dijo el duende, volteando sus pies en el aire a uno y otro lado de la tumba y contemplando las puntas curvas de sus zapatos con la misma complacencia de quien tuviera ante sus ojos las Wellingtons más elegantes de toda Bond Street.²

² Bond Street, en Mayfair, sigue siendo una de las calles de tiendas más caras de Londres, donde aún se pueden comprar las botas Wellington, que deben su nombre al famoso militar inglés.

—Que es... que es... muy curioso, señor —replicó el sepulturero, medio muerto de miedo—; muy curioso y muy bonito; pero creo que voy a terminar mi trabajo, si le parece, señor.

—¡Trabajo! —exclamó el duende—. ¿Qué trabajo?

—La fosa, señor; abrir la fosa —tartamudeó el sepulturero.

—Ah, ¿la fosa, eh? —dijo el duende—. ¿Quién se ocupa de abrir fosas, cuando todos los demás están alegres, y se complace en ello?

De nuevo respondieron las voces misteriosas:

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!

—Me temo que mis amigos te quieren, Gabriel —dijo el duende, hundiendo la lengua en el carrillo más que nunca, y era una lengua verdaderamente asombrosa—. Me temo que mis amigos te quieren, Gabriel —repitió el duende.

—¡Por favor, señor! —replicó aterrado el sepulturero—: no puede ser... no me conocen, señor; yo creo que esos señores no me han visto nunca, señor.

—¡Oh, sí, claro que sí...! —replicó el duende—. Conocemos al hombre del gesto torvo y ceño fruncido que bajaba esta noche por la calle, lanzando a los chiquillos miradas funestas, aferrado a su fúnebre pala. Conocemos al hombre que golpeó al niño, con toda la envidiosa malicia de su alma, porque el niño podía estar alegre y él no podía. Lo conocemos, claro que lo conocemos...

Entonces el duende lanzó una feroz y horrible carcajada que el eco devolvió mil veces redoblada. Levantando sus piernas en el aire, apoyó la cabeza, o mejor dicho, el vértice del cónico sombrero, sobre el estrecho borde de la lápida y dio un salto mortal con extraordinaria agilidad, cayendo a los pies del enterrador y plantándose ante él en la postura que los sastres generalmente adoptan tras los mostradores.

—Siento... siento tener que dejarle, señor —dijo el enterrador, haciendo un esfuerzo supremo para levantarse

—¡Dejarnos! —dijo el duende—. Gabriel Grub va a dejarnos. ¡Ja, ja, ja...!

Mientras el duende se reía, el enterrador vio que las ventanas de la iglesia se iluminaban durante un instante, como si todo el edificio estuviera resplandeciendo; enseguida se apagó, y el órgano comenzó a tocar una canción alegre y todo un grupo de

duendes, de la misma calaña que el primero, irrumpió en el cementerio y empezaron a jugar a la pídola entre las tumbas, sin detenerse a tomar aliento, saltando muy alto unos por encima de otros con maravillosa destreza. El primer duende era un saltarín asombroso, y ninguno de los otros podía comparársele. Incluso con el terror que embargaba al sepulturero, no podía dejar de observar que, mientras los amigos del duende se contentaban con saltar sobre las tumbas de mediana altura, este elegía los panteones familiares, con verjas y todo, saltando sobre ellos con la agilidad de quien saltara guardacantones.

Al final, el juego llegó a su momento culminante: el órgano tocaba cada vez más deprisa y los duendes saltaban cada vez más deprisa, cada vez más deprisa; giraban sobre sí mismos, daban volteretas por el suelo y hacían piruetas sobre las tumbas, brincando como pelotas. La cabeza del enterrador giraba arrasada por la vorágine que contemplaba, y sus piernas vacilaban, mientras que los fantasmas volaban ante sus ojos, cuando el jefe de los duendes se lanzó hacia él bruscamente, lo cogió por el cuello y se hundió con él en la tierra.

Cuando Gabriel Grub pudo recobrar el aliento que la rapidez del descenso le había arrebatado, se encontró en lo que parecía ser una gran caverna, rodeado por todas partes de duendes feos y mal encarados; en el centro del recinto, sobre un lugar elevado, estaba emplazado su amigo del cementerio, y junto a él, el propio Gabriel Grub, completamente inmóvil.

—¡Una noche fría! —dijo el rey de los duendes—. Muy fría. ¡Un vaso de algo caliente, enseguida!

Al oír esta orden, media docena de officiosos duendes, con una perpetua sonrisa en sus rostros —Gabriel Gurb pensó que serían cortesanos—, desaparecieron apresuradamente, y al poco regresaron con una ponchera de fuego líquido que presentaron al rey.

—¡Ajá! —exclamó el duende, cuyos carrillos y garganta se transparentaron mientras se tragaba las llamas—. ¡Esto le calienta a uno el cuerpo, ya lo creo! ¡Traed una jarra de lo mismo para el señor Grub!

Fue inútil que el infortunado enterrador insistiese en que no tenía costumbre de tomar nada caliente por la noche: uno de los

duendes lo sujetó mientras otro vertía en su boca el líquido candente; toda la asamblea estalló en risas mientras él tosía y se ahogaba, y se secaba las lágrimas que manaban de sus ojos en abundancia después de tragar la ardiente bebida.

—Y ahora —dijo el rey, introduciendo con fantástico ademán por los ojos del enterrador el pico de su abarquillado sombrero y produciendo, como es de suponer, el más vivo dolor—, enseñadle al hombre perverso y lúgubre unos cuantos cuadros de nuestro gran almacén.

En cuanto dijo esto el duende, se desvaneció poco a poco una espesa nube que oscurecía el extremo más alejado de la caverna, dejando ver a lo lejos lo que parecía un reducido aposento escasamente amueblado, pero limpio y cuidado. Un grupo de pequeñuelos se encontraba reunido alrededor de un animado fuego, colgándose del vestido de su madre y correteando alrededor de su silla. La madre de vez en cuando se levantaba y recorría la cortina de la ventana, como si estuviera esperando algo; en la mesa estaba preparada una frugal comida, y junto al fuego había un sillón. Se oyó un golpe en la puerta; abrió la madre y los niños se arremolinaron alrededor de ella y aplaudieron de alegría al entrar su padre. Este venía empapado y cansado, y se sacudió la nieve mientras los chicos lo rodeaban, y se apoderaban de su capa, del sombrero, del bastón y los guantes, con los cuales, diligentemente, salieron de la estancia. Cuando después se sentó el padre a cenar junto al fuego, los muchachos se subieron a sus rodillas, y la madre se sentó a su lado, y todo parecía rebosar de felicidad y alegría.

Pero un cambio se produjo en el cuadro, casi de un modo imperceptible. La escena se había transformado en una estrecha habitación, donde el más pequeño y hermoso de los niños yacía moribundo; las rosas habían huido de sus mejillas, y la luz de sus ojos; y aunque el enterrador lo miró con una preocupación que jamás había sentido, murió. Sus jóvenes hermanos y hermanas rodearon su camita y le cogían aquella mano diminuta, ya fría y exánime; se estremecían ante aquel contacto y miraban con temor su rostro infantil; pues aunque parecía que estaba sosegado y tranquilo, y que dormía descansando y en paz, compren-

dieron que estaba muerto y supieron que era un ángel que los miraba y los bendecía desde un Cielo luminoso y feliz.

De nuevo una nube luminosa cruzó el cuadro y de nuevo cambió el asunto. El padre y la madre aparecían ahora ancianos y desvalidos, y el número de los que antaño les rodeaban se había reducido a más de la mitad. Sin embargo, el contento y la alegría se dibujaban en todos los rostros y resplandecían en todas las miradas, mientras se congregaban alrededor del fuego y contaban y escuchaban viejas historias de los tiempos que pasaron y no volverán. Tranquila y sosegadamente, el padre descendió a la tumba y, poco después, aquella que compartió todas sus preocupaciones y amarguras lo siguió al lugar del eterno descanso. Los pocos que les habían sobrevivido se arrodillaban junto a la tumba y regaban con sus lágrimas la hierba que la cubría; luego se levantaron y se alejaron de aquel lugar, triste y dolorosamente, pero sin gritos de amargura ni desesperadas lamentaciones, porque sabían que habían de encontrarse en el futuro, y de nuevo se incorporaron al laborioso ajetreo del mundo, recobrando la alegría y el contento. La nube cubrió el cuadro y lo ocultó a la vista del sepulturero.

—¿Qué te parece *eso*? —dijo el duende, volviendo su alargado rostro hacia Gabriel Grub.

Gabriel murmuró algo así como que era muy hermoso y se dibujó en su cara algo parecido a la vergüenza cuando el duende clavó en él sus ojos llenos de ira.

—¡Tú, miserable! —dijo el duende en tono de profundo desprecio—. ¡Tú!

Pareció dispuesto a añadir algo más, pero la indignación ahogó su voz y, levantando una de sus piernas, que eran extraordinariamente flexibles, y volteándola un momento sobre su cabeza para asegurar la puntería, le administró a Gabriel Grub un buen puntapié. Inmediatamente después, todos los duendes se agruparon alrededor del mísero sepulturero y lo golpearon sin piedad, de acuerdo con la vieja e inmutable costumbre de los cortesanos de la tierra, que golpean a quien golpea la realeza y ensalzan a quien la realeza ensalza.

—¡Enseñadle algo más! —dijo el rey de los duendes.

Ante estas palabras, la nube se dispersó, descubriendo a la vista un rico y exuberante paisaje: parecido al que se puede ver en la actualidad aproximadamente a media milla de la vieja ciudad abacial. El sol brillaba en lo alto de un cielo azul y despejado, el agua centelleaba bajo sus rayos y los árboles parecían más verdes y las flores más alegres bajo su benéfica influencia. El agua corría rizándose con plácido murmullo, los árboles susurraban con la ligera brisa que rozaba sus hojas, los pájaros cantaban sobre los arbustos y la alondra trinaba en lo alto, saludando a la mañana. Sí, era la mañana, la espléndida y embalsamada mañana estival; las hojas más diminutas, la más tenue brizna de hierba, palpitan con el instinto de la vida. La hormiga se arrastraba en su afanosa labor cotidiana; la mariposa revoloteaba y se desperezaba en los cálidos rayos del sol; miríadas de insectos extendían sus alas transparentes y festejaban su dichosa y fugaz existencia. Avanzaba el hombre en su camino, exaltado por el espectáculo, y todo era brillo y esplendor.

—¡Eres un miserable! —dijo el rey de los duendes con un tono más despectivo aún que anteriormente. Y de nuevo el rey de los duendes volteó su pierna, y nuevamente la dejó caer sobre los hombros del enterrador; y de nuevo los duendes pajes imitaron el ejemplo de su soberano.

Muchas otras veces vino y se fue la nube, enseñándole muchas lecciones a Gabriel Grub, quien, aunque se resentía de los hombros por las frecuentes *caricias* de los pies de los duendes, observaba todo con un interés que no podía evitar. Vio que los hombres que trabajaban mucho, y que se ganaban su escaso pan con unas vidas de duro trabajo, se sentían alegres y felices, y que incluso para los más ignorantes el dulce rostro de la Naturaleza era una fuente constante de alegría y contento. Vio que aquellos que habían sido alimentados y educados con cariño, y con resignación ante las privaciones, y superaban los sufrimientos, habían conseguido aplastar buena parte de su mala simiente, porque llevaban dentro de sí la semilla de la felicidad, la satisfacción y la paz. Vio que las mujeres, las más tiernas y frágiles de todas las criaturas de Dios, eran las que con más fuerza se sobreponían generalmente a la amargura, al dolor y a la adversidad; y vio

que sucedía así porque abrigaban en sus corazones un manantial inagotable de afecto y ternura. Vio, sobre todo, que los hombres como él, que gruñían ante el optimismo y la alegría de los otros, eran como malas hierbas que crecían sobre la divina faz de la tierra, y, poniendo en la balanza todo lo bueno de este mundo frente al mal, llegó a la conclusión de que este mundo era, después de todo, un lugar bastante agradable y amable. Apenas había terminado de pensar aquello cuando la nube que había hecho desvanecerse el último cuadro pareció entorpecer sus sentidos y arrullarle hasta dejarlo dormido. Uno tras otro desaparecieron de su vista los duendes y, cuando desapareció el último, se sumió en un profundo sueño.

Ya había roto el día cuando despertó Gabriel Grub, y se encontró tendido todo lo largo que era sobre la tumba lisa del cementerio, con la petaca vacía al lado, y con el abrigo, la pala y el farol todos cubiertos de blanco por la escarcha nocturna, esparcidos por el suelo. La estela de piedra en la que había visto por primera vez al duende seguía allí clavada, frente a él, y la fosa en que había trabajado la noche anterior, allí estaba también. Al principio dudó de la realidad de sus aventuras, pero el dolor agudo que sintió en sus hombros cuando intentó levantarse le convenció de que los puntapiés de los duendes desde luego no habían sido cosa de la imaginación. Dudó otra vez al no percibir en la nieve las huellas de los duendes que jugaron a la pídola sobre las tumbas, pero comprendió inmediatamente la circunstancia cuando cayó en la cuenta de que, al tratarse de espíritus, naturalmente no dejarían huellas tras de sí. Así que Gabriel Grub se puso de pie como pudo, por el dolor de espalda, y sacudiendo la escarcha de su abrigo, se lo puso, y se giró para ver la ciudad.

Pero él era ya otro hombre y no podía hacerse a la idea de regresar a un lugar donde sospecharían de su arrepentimiento y desconfiarían de su enmienda. Vaciló un instante y se alejó con la intención de vagar sin rumbo y buscarse el pan en cualquier otra parte.

El farol, la pala y la petaca se encontraron aquel día en el cementerio. Muchas fueron las conjeturas que se hicieron acerca de la suerte del enterrador en un primer momento, pero enseñuida se dio por seguro que había sido arrebatado por los duen-

des y no faltaron testigos fidedignos que asegurasen que se le había visto cruzando los aires a lomos de un alazán castaño, tuerto, con ancas de león y cola de oso. Acabó por aceptarse ciegamente esta versión, así que el nuevo enterrador solía mostrar a los curiosos, por una modesta propina, un buen trozo de la veleta de la iglesia que el mencionado caballo había desprendido accidentalmente en su fuga aérea, y que él mismo lo había recogido en el cementerio uno o dos años después.

Desgraciadamente, aquellas historias se vieron un tanto desautorizadas por la inesperada reaparición del propio Gabriel Grub, sobrevenida unos diez años después: anciano, reumático, andrajoso y alegre. Le contó su aventura al párroco y también al alcalde, y con el tiempo empezó a ser aceptada como una cuestión histórica, en cuya forma ha llegado hasta nuestros días. Los que habían creído el cuento de la veleta, una vez que hubieron depositado su fe en aquella historia, difícilmente quisieron apartarse de ella, así que ponían gesto de saber más que los demás, se encogían de hombros, y se llevaban el dedo a las sienes, y murmuraban algo así como que Gabriel Grub se había bebido toda la ginebra y se había caído en la tumba, vencido por el sueño. Y pretendían explicar lo que se suponía que había aprendido en la caverna de los duendes diciendo que el enterrador había visto un poco de mundo, y se había vuelto más discreto. Pero esta opinión, que nunca llegó a popularizarse, fue poco a poco perdiendo crédito y se olvidó. Y fuera comoquiera que fuese la cosa, como Gabriel Grub se vio aquejado de reuma hasta el fin de sus días, esta historia tiene, al menos, una moraleja, si es que no puede enseñar nada mejor... Y es esta, que si un hombre se vuelve huraño y le da por beber solo en Navidad, ya puede irse preparando para pasarlo mal: bien porque los espíritus de la ginebra no sean muy buenos, bien porque tengan incluso peor humor que aquellos que vio Gabriel Grub en la caverna de los duendes.³

³ «The story of the goblins who stole a sexton» forma parte de *The Posthumous Papers of the Pickwick Club*, la primera novela de Charles Dickens publicada por entregas entre abril de 1836 y noviembre de 1837.